

copie 41/23 -

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Universidad de Valladolid

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1919 A 1920

por el Doctor

D. Enrique Suñer y Ordóñez

Catedrático de la Facultad de Medicina



VALLADOLID

Talleres tipográficos CUESTA

Macías Picavea, 38 y 40





DISCURSO

leído en la

Universidad de Valladolid

en el acto solemne de la inauguración

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1919 A 1920

Carpeta 171 / BiCe



1>0 0 0 0 4 6 5 0 9 3

R. 105.750

DISCURSO

LEÍDO EN LA

Universidad de Valladolid

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1919 A 1920

por el Doctor

D. Enrique Suñer y Ordóñez

Catedrático de la Facultad de Medicina

*Apuntes sobre medicina, 1919, con algunas consideraciones de
carácter general.*



VALLADOLID

Talleres tipográficos CUESTA

Macías Picavea, 38 y 40

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORAS Y SEÑORES:

El que en este acto tiene el inmenso honor de dirigiros la palabra, ha pasado la mayor parte de su existencia, dentro de la vida universitaria, primero como alumno y casi sin interrupción como Profesor. Formado su espíritu en el *alma mater* de la Universidad, no cree posible mayor gloria que la de pertenecer a ella, vivir para ella y darle cuanto se significa; y pensando de este modo, no ha de extrañaros el grande y legítimo orgullo que experimenta al llevar en este día la representación del Claustro en una Tribuna, que es anualmente honrada por esclarecidos e ilustres colegas.

Mi primer recuerdo en estos momentos ha de ser para aquellos compañeros que han pasado durante el curso anterior en la Universidad a una situación pasiva, cuyos nombres están en la mente de todos los presentes. Por su vida ejemplar, por su labor, no los olvidaremos nunca, y aun cuando separados de la enseñanza activa, aún sus luces y su experiencia nos auxilian, y hacemos votos porque colaboren por largo tiempo en nuestras tareas académicas. También he de dirigir un fraternal saludo a los nuevos catedráticos que, por ley natural de renovación, han venido a compartir con nosotros la misión docente (1).

Y cumplidos estos gratos deberes de cortesía, daré comienzo a la lectura del tema informador de este Discurso, que titulo: «Apuntes sobre cuestiones éticas con algunas consideraciones de carácter biológico».

(1) Estos señores son: don Vicente Sagarra, don Benigno Morales Arjona (jubilados) y don Claudio Sánchez-Albornoz, don Isidoro Iglesias, don Clodoaldo García Muñoz (ingresados).

Permitidme que en esta ocasión deserte de mis estudios clínicos, para cuya exposición tan profusas ocasiones encuentro en lugares puramente técnicos. En esta compleja y heterogénea Asamblea universitaria, he creído más oportuno tratar un asunto de carácter general, y por tal motivo, he tenido el atrevimiento de abordar una serie de problemas que por su aspecto filosófico exigían, ciertamente, más cultura en estas materias de la que yo tengo. Excusadme por mi buena intención, y sirva para atenuar mi falta, aquel consejo que da Payot en su libro «La Educación de la voluntad» a los profesionales especializados, que no es otro, que la recomendación de que adquieran más cultura universal cada día y por lo tanto que salgan del circunscrito campo de la especialidad a que se dedican.

Protegido por las precedentes manifestaciones, termino este preámbulo y me recomiendo a vuestra indulgencia.

I

En el desarrollo del proceso psíquico que conduce a la formación del estado moral en el sujeto adulto, hay que buscar un origen, que es, el alma del niño. En sus primeros años, salvando las diferencias de precocidad y ambiente psíquico en que se desenvuelve, el alma infantil se encuentra, según la expresión antigua, «como tabla rasa»; es un encerado sobre el cual no se han escrito todavía los primeros guarismos. Este primer estado de la conciencia, que tiene una prolongación muy variable según los diferentes sujetos, es al que ciertos filósofos, como Kant, Hartmann y Reinach, han denominado «estado de inocencia o de conciencia espontánea». En este primer período de la vida se marca como carácter distintivo la falta de conflictos entre el deber y las pasiones. El espíritu se halla en un estado de tranquila indiferencia moral. Desde el punto de vista psíquico, el niño no es en esta época de la vida más que un germen que encierra en sí de un modo latente toda la potencialidad del mañana: variables tendencias ingénitas, quizá elementos morbosos; pero el desarrollo de todas estas cualidades y aptitudes habrá todavía de esperar el plazo necesario. Así como para que surja la chispa se requiere el choque vigoroso del eslabón con el pedernal, del mismo modo, para que se desarrolle un estado de positiva conciencia, es menester que se verifique el contacto del alma con los estímulos pasionales, muchos de éstos de origen material, somático o corpóreo. Tan delicado período de formación espiritual entra de lleno en el objeto y fin de la pedagogía fundamental. Al maestro le corresponde conocer el proceso evolutivo por el cual y mediante el cual la conciencia va desenvolviéndose. Este segundo período de conflicto se

Fundamentos
de la Moral.

El alma del
niño.

Fases de
la Conciencia.

distingue, por lo que a la inteligencia se refiere, en que ésta señala a la conciencia el camino del deber. El hombre rectamente encaminado sentirá sus impulsos y procurará seguir la senda del bien.

Más adelante aparece el tercero y último estado, al que Kant dió el nombre de *santidad* y Hartmann de *virtud*, en el cual se produce una perfecta armonía entre la inteligencia, el sentimiento y la voluntad. Esta última ya no flaquea; unida a las otras dos facultades crea una verdadera función voluntaria-refleja y llega a realizar, con el tiempo, de un modo casi automático, la recta determinación al bien en todas las ocasiones.

Tan perfecto y último estado no significa, como pudiera ligeramente entenderse, la infalibilidad humana. Ésta puede fallar hasta en los actos más trascendentales y sujetos a la más concienzuda meditación, por claudicación de las percepciones o de los juicios.

No obstante la limitación anterior, el tercer estado de la conciencia es de máxima perfección, puesto que aun en lo falible deja a salvo la integridad moral del sujeto que se equivoca, ya que su equivocación no fué resultado de una flaqueza de la voluntad ni de un bastardo sentimiento.

De las precedentes consideraciones se deduce la importancia que en el desarrollo moral del hombre tienen la reflexión, los sentimientos, la voluntad y las pasiones. Como el perfecto equilibrio de todos estos factores se obtendrá por una cuidadosa vigilancia ejercida sobre el niño y el adolescente por las persona mayores que le sirvan de tutela, se comprenderá perfectamente qué influencia más poderosa han de tener sobre el resultado ético de la personalidad humana, el ambiente familiar y social en que se desenvuelvan aquéllos.

Acepciones de
la palabra
«Conciencia».

La conciencia, en su acepción moral, es el resonador en donde se reflejan todos estos fenómenos. La palabra «conciencia» es en este caso sinónima de sentido moral o de sentimiento moral. Según afirma Ingenieros (1), es más común el empleo de la misma en el sentido moral que en el vulgar y en el psicológico propiamente dicho, y así se traduce por

(1) José Ingenieros. *Principios de psicología biológica*, pág. 284.

algunos modismos, como «la voz de la conciencia», «falta de conciencia», «el espejo de la propia conciencia», «el testimonio de la conciencia».

La conciencia moral se revela por un sentimiento de satisfacción que acompaña a las buenas acciones, por el remordimiento de las malas y por el juicio interior sobre los choques de las pasiones sobre la propia conciencia moral.

Dice este mismo autor, que «la conciencia moral es concebida, pues, como el tribunal ante quien se juzgan los sentimientos, pensamientos, acciones; no debe, empero, creerse que ella es una cosa permanente, que existe de por sí, independientemente de los mismos hechos que califica, pues en ellos se manifiesta y con ellos varía sin cesar».

La conciencia, en concepto de sentido íntimo que los antiguos psico-fisiólogos la dieron, es un conjunto de fenómenos afectivos; es una percepción dentro del orden moral de nuestras buenas o de nuestras malas acciones, de las buenas o de las malas acciones de las demás personas. Mediante esta propiedad de nuestra psiquis, adquirimos la base más sólida, el punto de partida más seguro de nuestros actos y de nuestra conducta.

Esta complejidad es reconocida por muchos psicólogos, entre los cuales citaré a Roncoroni, quien dice que en realidad no existe el sentido moral uno e inseparable en sus elementos, sino un conjunto de actos psíquicos que dejan sentimientos, que se gobiernan y dirigen por una ley, que es la ley moral, la cual parte de los fundamentos del bien y del mal.

Complejidad de los fenómenos de conciencia.

Se comprende que siendo la conciencia una percepción de los actos y en general de todos los fenómenos psíquicos que se desarrollan en nuestro propio yo, existirán grados muy variables de agudeza para percibir, tanto dentro de límites normales como dentro del campo de la patología; ejemplos son los sujetos sensitivos, con exaltación, aun dentro de lo normal, de la conciencia; los de temperamento linfático, generalmente tranquilos y sosegados ante las tempestades morales que se desenvuelven dentro de su espíritu; los imbéciles, incapaces de sentir ordenadamente los afectos, y llegando a los últimos peldaños de la degeneración mental, encontramos los criminales y los locos morales, que son, en estricto sentido fisiológico, «amorales».

Las nociones del bien y del mal se imponen dentro de la misma conciencia como deberes que cumplir. La calidad y la suma de tales deberes estará en relación directa del grado a que se haya llegado en el desarrollo de la conciencia moral. Los virtuosos, los santos, son ejemplos de la máxima concentración de energía moral que se traduce en forma de imperativos que les fuerzan y persuaden a proceder de una manera recta. En el puesto extremo se halla toda la falange numerosa de los sujetos amorales.

El Deber.

Kant tuvo el acierto de hacer del deber, considerado como «hecho racional», el fundamento de la moral, y esta opinión ha sido después defendida por otros filósofos, entre ellos por Dugas (1). Para este tratadista, la noción del deber es común a todas las doctrinas morales, aun cuando no siempre se la haya distinguido de los conceptos menos abstractos que la envuelven. El bien moral, en cualquier doctrina o teoría que se examine, ya en la moral naturalista, en la hedonista, en la utilitaria, aun en las teorías más egoístas, se caracteriza y distingue de todos los demás bienes porque es el único al que estamos obligados, el que *debemos* adquirir o realizar.

Es por lo tanto la moral, según este concepto, como dice Duprat, la doctrina de la obligación.

Deberes
morales.

No es extraño, por lo tanto, que los filósofos hayan procurado clasificar los deberes como fundamento de la moral elemental.

Siguiendo por este camino a Bourdeau (2) quien sintetiza conceptos clásicos de la moral universal y más especialmente de la moral cristiana, haremos dos agrupaciones con estos deberes; en la primera, incluimos la «moral personal», que trata de las obligaciones del ser humano para consigo mismo, y en la segunda, se encuentra la «moral social», que rige nuestras relaciones con los demás hombres.

Es ley fundamental de la vida, expresada por el instinto y sancionada por la experiencia, la necesidad de conservar y desarrollar íntegramente el propio organismo. La Higiene representa en este aspecto a la moral, y puede, desde este punto de vista particular, definirse como la «ciencia que enseña

(1) Duprat. *La moral*, pág. 23.

(2) *El problema de la vida*, pág. 316.

los deberes de la vida orgánica». La salud es, indiscutiblemente, el primero de los bienes de la vida porque tiene además de un valor propio, verdaderamente natural, el que se desprende de la consideración de que ella es la condición ineludible para que los demás deberes se cumplan; es, pues, su garantía.

En la relación tan íntima que entre la vida espiritual y la material existe, no es posible comprender, sino de un modo parcial y por excepción, qué puedan realizarse los deberes morales de una manera intensa y completa sin una normalidad en nuestra propia vida. Aun el espíritu dotado de mejores cualidades para el sacrificio, necesitará vigor físico, energía para realizar su acción moral.

La Higiene es reguladora de nuestros apetitos y necesidades; se halla tan lejos de los extremos de la mortificación ascética como del abuso inmoderado del placer y de la voluptuosidad; predica la sobriedad y la continencia, simboliza la templanza y busca como ideal la mayor perfección posible de los organismos.

Es un deber moral, tan importante como el anterior, el desarrollo de la vida psíquica, la regulación de los afectos, y así puede decirse con Bourdeau que del mismo modo que la moral fisiológica constituye el arte de estar sano, la moral afectiva representa el arte de ser feliz. ¿Mas la felicidad en el orden psíquico es independiente del estado fisiológico propiamente dicho? ¿Podemos, sin base física, aspirar a un perfecto equilibrio de nuestros afectos? A creer a ciertos filósofos bastante alejados por la índole de sus estudios del campo de la biología y particularmente de los conocimientos médicos, se podría establecer una moral de la sensibilidad, hasta cierto punto independiente de los preceptos higiénicos y del conocimiento de la fisiología normal y patológica, y así sorprende para los iniciados en las cuestiones médicas ver con cuánta facilidad ciertos autores, como Bourdeau, establecen fácilmente las reglas de la moral o higiene de la sensibilidad. Este autor dice que esta moral constituye la *prudencia*, que no consiste en suprimir las pasiones, fuerza motora de la vida, sino en hacer de ellas un buen uso, en dirigirlas con cuidado, en contenerlas dentro de justos límites; que se deben preferir las más

Relaciones de
la Higiene con
la Moral.

fecundas, las que procuran más alegría, y que han de evitarse los sentimientos tristes, que son siempre penosos.

Mas este querer lo agradable, el poder de rechazar lo triste y desagradable, ¿depende únicamente de nuestra propia voluntad?

Por mucho que la voluntad consiga, y yo soy uno de los mayores convencidos de aquella máxima que se traduce en «el querer es poder», no puede negarse que la norma afectiva no depende única y exclusivamente de nuestra voluntad. Aun suponiendo que la voluntad pudiera educarse por métodos tan maravillosos que del abúlico hicieran un tipo volitivo; que convirtieran en alegre al triste y en optimista al pesimista, ¿es que no habría de tenerse en cuenta el valor de las diferencias individuales y las razones esencialmente fisiológicas que explican estas diferencias, aun sin salirnos de los límites que pudiéramos denominar normales?

No; los médicos no podemos decir que el origen de la felicidad está en nosotros, como afirma Bourdeau, sin atribuir a esta frase un alcance biológico y hasta patológico que el psicólogo puro no puede conocer, y sin negar el valor de la voluntad y de la educación psíquica, estamos obligados a relacionar, porque el estudio de la naturaleza humana así nos lo enseña, los estados afectivos con el «consensus unus, conspiratio una» de Hipócrates, con el funcionamiento de todos nuestros órganos y tejidos. Por eso desde antiguo se ha llamado «atrabiliario» al carácter colérico, «hipocondríaco» al triste; se ha representado al sujeto alegre por el temperamento sanguíneo y al apático por la constitución linfática, y es que la doctrina humoral de los antiguos, remozada en nuestro tiempo por el conocimiento de las secreciones internas y de las auto-intoxicaciones, permite comprender la estrecha relación que existe entre el temperamento y el carácter, entre el funcionamiento visceral y la norma afectiva.

Experimento
de Paulow.

Un experimento realizado por el ilustre fisiólogo Paulow, contribuye a establecer la relación que señalamos. Si en un perro normal se afronta la vena porta que recoge la sangre, cargada de los venenos intestinales, en la vena cava inferior, evitando por consecuencia el recorrido hepático de esta sangre,

a las pocas horas de realizada esta anastomosis, el animal cambia visiblemente de carácter: de tranquilo, se hace agresivo, amenaza con acometer a los que le rodean, puede llegar a no respetar a su antiguo dueño; en una palabra, el estado psíquico del animal se ha transformado por completo. Y es que faltos esos venenos de la acción neutralizadora y anti-tóxica que ejerce el hígado, se distribuyen por la sangre, impregnan todos los órganos, y excitando los centros psíquicos superiores, producen en ellos esa agresividad tan característica del experimento de Paulow.

Este mismo hecho se reproduce en la insuficiencia eliminatória de otras vísceras; la misma uremia, auto intoxicación determinada por el defectuoso funcionamiento del riñón, es capaz de producir alteraciones de carácter en los sujetos que la padecen, que trastornan, no solamente la ideación, sino el estado de los afectos.

Lo expuesto prueba, a mi juicio, de un modo irrefutable, que no es posible admitir una moral afectiva ni un deber con relación a esta moral absolutamente desligado del resto de la vida orgánica.

Ninguna especial observación nos sugieren los deberes relativos a la moral social en su doble aspecto de relaciones dentro de la familia y relaciones con las demás personas, en todo lo que hace referencia a la necesidad de que estas relaciones se basen sobre los fundamentos del amor y de la honradez.

Por lo que se refiere al modo cómo estas relaciones deben llevarse en la que se ha denominado moral doméstica, ninguna expresión mejor que la siguiente frase de Homero: «No hay nada más hermoso que una casa en que la armonía de la familia, el hombre y la mujer, no tienen más que un corazón y un pensamiento».

El biólogo, puede, no obstante, discutir la forma en que esta familia ha de constituirse, y, muy particularmente, es de interés tratar el punto de la monogamia y de la poligamia.

En nuestras actuales Sociedades, que se denominan civilizadas, constituye casi un pecado de herejía y de inmoralidad el mencionar siquiera que la constitución del matrimonio pueda establecerse sobre base distinta de la monogamia.

Fundamentos
biológicos de la
Familia.

Aparte de la doctrina sustentada por la Iglesia católica, existen argumentos extraídos de la Antropología y de la Economía que están en contra de la constitución polígama.

La Antropología enseña la inferioridad y decadencia de los pueblos mahometanos que tienen la poligamia, el rebajamiento moral de la mujer en estos hogares y la miseria e incultura de sus habitantes. La Economía, por otra parte, señala las dificultades para vivir que tendría la familia polígama con su lógico aumento de individuos y de necesidades, salvo que una honda transformación social permitiera, con la intervención del Estado, contribuir al sostenimiento de esta familia, reproduciendo en los modernos tiempos las antiguas costumbres espartanas.

Y, sin embargo, a pesar de tantos siglos en que la convicción monógama parece haber cristalizado en las costumbres de los pueblos europeos y americanos, recientemente, y con motivo de la tremebunda conturbación universal que la guerra ha producido, han salido al palenque, entre los mismos pueblos beligerantes, los problemas de la monogamia y de la poligamia. Se ha dicho, en efecto, que la bigamia podía ser un procedimiento que, apoyado por el Estado, permitiera reconstituir más rápidamente la disminuída población, y que la bigamia, sancionada por el orden y por la moral social, restando a la vida el exceso de mujeres que ahora existe en los países en guerra, se opondría eficazmente a la poligamia accidental y más terrible de la prostitución abierta o clandestina.

En tal caso nos encontraríamos ante hechos repetidos en la Historia que han dado lugar a la poliginia o poligamia, como son las guerras de exterminio, la esclavitud, el infanticidio y la emigración masculina. En todos estos casos se ha producido una gran desproporción entre el número de varones y el de hembras. Ejemplo es el Paraguay (1), que en 1883 tenía doble número de mujeres que de hombres. En Uganda esta desproporción fué más considerable, puesto que alcanzó la cifra de siete mujeres por dos hombres.

Como hechos naturales que explican la poligamia, expone Lübock los siguientes: precocidad y pronta vejez de la mujer

(1) *Etnología*, de Aranzadi, tomo 2.º, pág. 432.

y larga lactancia, de tres y cuatro años, por carencia de leche de animales domésticos.

Mas, a pesar de cuantas razones sacadas de los hechos naturales puedan exponerse, es lo cierto que en condiciones corrientes la pluralidad de mujeres, sancionada por el matrimonio, es sólo atributo de los pueblos bárbaros, y que la civilización cristiana repugna por sus leyes este sistema, que sólo pudiera admitirse como método de excepción para ciertos casos.

Fuera de la moral doméstica, los deberes para con nuestros semejantes se resumen en aquella máxima cristiana que induce a tratar a nuestro prójimo como quisiéramos que él nos tratase. La honradez es el medio mejor de granjearnos la estimación ajena y es el procedimiento de realizar el deber social de adquirir amigos, estimación y consideración.

En el trato social hace falta, según Bourdeau, aparte de la cortesía, de la discreta reserva y de la amenidad, mucha benevolencia, gran tolerancia e infinita indulgencia.

La caridad debe ser una de las finalidades de nuestra vida, la más importante de todas, y esta caridad ha de hacerse sin esperanza de recompensa.

Estos deberes sociales no excluyen la cautela, la defensa, por un deber natural, contra las asechanzas de los malos y de los perversos, y no excluyen tampoco la necesidad de la represión cuando ésta es obligada por una razón también defensiva de la Sociedad contra sus perturbadores. El castigo en ningún caso debe utilizarse como la máscara de la venganza, ni como instrumento de nuestras pasiones.

Una variante de los deberes sociales debe ser considerada el que cada ciudadano tiene con relación a la vida del Estado. Este deber se comprende en un concepto: el «patriotismo», condensación de todos nuestros amores hacia la tierra en que nacimos, en todas sus manifestaciones, no solamente en lo que afecta a su fuerza, a su poder militar, sino a todo el tesoro de su riqueza natural y artística, tradiciones, costumbres y sentimientos.

Patriotismo.

El patriotismo debe exigir al Estado, y debe proporcionarle, el orden, la protección para todos sus valores estimables y la libertad. Por patriotismo pueden los ciudadanos oponerse a

las usurpaciones del poder y a las iniquidades de la autoridad; pero siempre que las determinaciones no sean dictadas por el sectarismo y la pasión política. Hay derecho a propagar aquellas ideas que, de buena fe, se consideran convenientes para la mejora de la vida del Estado; pero no lo hay a perturbar bruscamente el orden y la organización, más que cuando los intereses fundamentales de la patria, independientes de todo sistema político, están amenazados. En tales casos, los ciudadanos que alteren la vida normal han de tener muy en cuenta si en sus procedimientos no harán víctimas inocentes ni causarán perjuicios mayores que los males que intentan remediar.

Patriotería.

Al lado del patriotismo hay una *exageración* morbosa: la del *chauvinismo*, que en nuestro idioma tiene una palabra gráfica: *patriotería*. El chauvinismo o patriotería es la exaltación imprudente y desconsiderada de los intereses de la patria a expensas de los derechos de otros pueblos de la misma Humanidad. La reciente catástrofe europea nos ha enseñado suficientemente hasta qué punto ha contribuido a la misma la patriotería de ciertos pueblos beligerantes. No lejanos están aún los recuerdos de nuestras pérdidas coloniales y de las influencias que el chauvinismo ajeno y propio tuvo en las mismas. Y es que los deberes hacia la patria deben estar subordinados a los deberes hacia la Humanidad, especialmente hacia aquella parte de los hombres que nos han legado el patriotismo de la civilización. Estos deberes se resumen en la gratitud y en el deseo de conservar los tesoros del progreso y de la cultura; consisten en ejecutar y en mantener aquel imperativo que David en el lecho de muerte dirigió a Salomón: «Sé hombre».

En el terreno de la moral científica, cuya finalidad no es otra que la adquisición de la verdad y la aplicación de la misma en beneficio de los hombres, conviene, aunque brevemente, tratar de las relaciones entre el sér humano y el Supremo Hacedor. Apresurémonos a decir que los fundamentos de la moral religiosa están de acuerdo con los de la moral científica, que esta última no halla una dificultad en la Religión para su prosperidad y para su mejora; que solamente tiene que rechazar la idolatría y la intolerancia, cuando ambas sean obstáculo para la persecución de la verdad.

Un filósofo, Africano Alejandrovich (1), hablando de los fundamentos de la moral, dice que la conciencia moral puede expresarse en estas tres proposiciones: 1.^a, el mal es anormal, no teniendo derecho a existir, puesto que hay una oposición absoluta entre el mal y el bien o naturaleza normal de las cosas; 2.^a, el mal es siempre mal, es decir anormal y condenable, ya proceda de nosotros ya de los demás; 3.^a, jamás puede alcanzarse el bien haciendo el mal, y hay, por lo tanto, una obligación absoluta de no hacer el mal aunque se persiga un objeto laudable: «el fin no justifica los medios».

Esta última conclusión, como se ve, está en contradicción con aquella máxima tan extendida en los países anglo-sajones, que dice así: «el mal de pocos, es el bien de muchos».

Exige una aclaración este último concepto. Si para hacer el bien general es necesario destruir beneficios particulares, podrá suceder que deba tomarse la determinación última, encaminada al bien de los demás. Claro es que si por un ejemplo suponemos que este perjuicio es material, destrucción, verbi gracia, de una finca productiva para establecer el paso de un canal, construir un crematorio, etc., siempre queda la debida compensación de una indemnización metálica, en cuyo caso el daño puede atenuarse grandemente. Si el perjuicio es moral (aislamiento de un enfermo contagiado y gravemente enfermo, con prohibición absoluta de verlo hasta para sus padres), dicho perjuicio deberá ser impuesto ante el *salux populi suprema lex esto*.

La verdadera ley moral condena todo egoísmo, puesto que este último recae siempre en perjuicio de otras personas y requiere en todo caso un buen deseo. Kant ha dicho acerca de este extremo, que no hay en el mundo nada absolutamente bueno como no sea una buena voluntad, y de aquí que se afirme que la virtud o la moralidad es con el conocimiento exacto de las cosas el único bien verdadero o puro del mundo.

Dice C. Wagner en su obra *Juventud* (2), que en la orientación moral hay que separarse de las exageraciones y de las desviaciones que han tenido por lamentable resultado

La ley moral.

Orientaciones morales.

(1) *La norma mental*, pág. 184 y siguientes.

(2) Página 62.

debilitar el sentido de la realidad y retrasar la actividad. He aquí sus palabras acerca del primero:

«El sentido de lo real consiste en ver bien lo que se ve, en sentir bien lo que se siente, en comprender bien lo que se comprende, fijándose, tomando parte en ello, *creyendo que ha sucedido*; no hay expresión mejor para mi pensamiento que esta. Creer que ha ocurrido, que se trata de la afirmación de un hecho material, intelectual o moral, de un color, de un perfume, de un buen vaso de vino, de una linda música o de una buena acción, es señal de la perfecta salud y de la integridad vital. Todas las perturbaciones físicas o morales disminuyen esta facultad madre; pero se altera principalmente cuando a fuerza de dar más y más vueltas a las cosas, de analizarlas desde todos los puntos de vista, de desconfiar de todo, de querer sea a mediodía las catorce, de hacer escamoteos con nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros estados de conciencia, hemos dado en una especie de vértigo de todo el sér. Es absolutamente anti-natural que una inteligencia o una conciencia de hombre examine el pro y el contra sin interesarse más por el uno que por el otro. Se descompone fatalmente en este juego, y a fuerza de adaptarse a todos los contrarios, se deforma y pierde el juicio. Lo natural es que el hombre se interese por lo que en él ocurre. no como por un juego vano, sino como por un hecho firme e importante. Es preciso que introduzca algo suyo y que esté en ello. De otro modo no le resta de todo lo que ha reflejado más que a un espejo. Pierde en primer lugar el sentido de la realidad, el recto buen sentido. Pero pierde también el respeto, que es la consecuencia directa de nuestra manera de apreciar la realidad. El diletante, el escéptico, el sofista, pierden el respeto. Toda su finura, toda su sonrisa a los fenómenos cuyo espectáculo se ofrecen, no son más que una forma de desprecio».

Los Hombres
de acción.

Falto del recto sentido de las cosas, el hombre, presa de la negación, de la incertidumbre, de la incoherencia y de la inestabilidad, pierde actividad y energía. Y es menester reconocer que de los hombres de acción especialmente depende el progreso del mundo, y que no se puede estar conforme con aquellas frases de Renan: «las cualidades de los hombres

de acción más admirados, no son en el fondo sino un cierto género de medianía». Mas la acción es la voluntad hecha carne, y sin voluntad no hay vida social posible. Es sin duda por esto por lo que Wagner concluye el capítulo mencionado de su obra con estas palabras: «¡Dadnos hombres de fe y de acción, de amor y de odio, de vista perspicaz, de pecho conmovido, de brazo vigoroso, hombres que apartados de los vanos espectáculos de la fantasía y del vacío ruido de las palabras, se callen, echen mano al arado y tracen como demostración su surco en plena vida!».

De suerte que la orientación de las acciones morales tiene como base los sentimientos de esta última naturaleza, y estos sentimientos deben tener la condición, según afirma Sergi (1), de ser duraderos, han de manifestarse en la conciencia y serán activos en todas las ocasiones en que encuentran obstáculos o una debilitación, y Duprat (2) añade que para distinguir esencialmente a la Humanidad de los animales, es necesario que aquélla tenga un profundo desarrollo de los sentimientos colectivos que caracterizan a los seres racionales.

En la génesis de estos sentimientos colectivos en los individuos, influye de un modo poderoso el medio social. Claro es que este medio no es otra cosa que la suma de las virtudes y de los vicios de los individuos que le componen. Pero una vez creado un ambiente, éste ejerce influencia implacable, beneficiosa o adversa, sobre la formación de la moral de cada individuo, y por eso es una equivocación creer que las virtudes o los vicios privados no tienen con la moral social más que una relación indirecta, cuando en realidad aquélla es la que favorece o dificulta el desarrollo de cualidades tales como la franqueza, la veracidad, la sobriedad, la audacia, el disimulo, la desvergüenza, el libertinaje, la pereza, etc.

La práctica de los sentimientos morales tropieza, sin duda alguna, con grandes dificultades, nacidas por un lado de la resistencia del medio y por otro de la flaqueza de la voluntad. De aquí la facilidad con que los hombres cometen faltas y hasta pueden caer en el crimen.

(1) *Las Emociones*, pág. 255.

(2) *La Moral*, pág. 390

La falta es, por lo tanto, como acertadamente la define Duprat, «toda acción contraria a nuestra naturaleza y a la evolución social».

Concepto
hipocrático
de la moral
positiva.

Una moral positiva debe tender al aumento de la riqueza en las adquisiciones beneficiosas que la Humanidad va legando a las sucesivas generaciones. Es necesario pagar, por gratitud, lo que los indios han denominado «la deuda del antepasado», a cuyo efecto no hay más remedio que contribuir a los progresos de la civilización, sin asustarse por la debilidad de nuestras fuerzas ni por lo infimo (Bordeau) de nuestra contribución personal. Hipócrates ha dicho: «la jornada es corta, y el trabajo grande, la recompensa es también grande, y la obra apremiante. No es a ti a quien incumbe terminar la obra; pero no por eso debes dejar de trabajar en ella». Sólo teniendo confianza en los destinos de la Humanidad, podremos alcanzar el fin de nuestro camino, y para no desalentar será bueno el recuerdo de las siguientes palabras de Ramus: «soporto sin dolor todas estas tempestades, porque contemplo en un porvenir apacible a los hombres mejores y más ilustrados por influjo de una filosofía más humana».

Sentimientos
morales.

La necesidad de adquirir estos sentimientos morales, que tanto influyen en la vida colectiva, resalta de una manera patente. Es un problema de educación que hay que resolver durante la infancia. Al niño hay que inculcarle el que Baldwin (1) ha denominado «sentido de la obligación». Según este autor, dicho sentido se desarrolla en primer término por la presencia de otras personas, de las cuales procede el mandato y la sugestión del ejemplo. En segundo lugar, de la experiencia subjetiva moral del mismo niño, que va poco a poco adquiriendo ideas morales e incorporándolas a su propia personalidad. Del campo del propio yo y del ambiente que al niño le rodea, puede únicamente sacar éste las enseñanzas que han de producir en él la formación de su sentido moral. El momento en que esta educación moral ha de empezar, no es otro que el del comienzo de la vida espiritual. La frase de

(1) *Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental*, página 287 y siguientes.

Manjón que afirma la conveniencia de empezar la educación desde la cuna, parece seguramente hecha para la formación en el niño de los sentimientos morales, y de aquí el peligro de presentar ejemplos desfavorables en estas edades.

En la educación moral debe procurarse, según el concepto tan atinado de Froebel, que el niño adquiera las ideas y los sentimientos de moralidad por verdadero convencimiento de su bondad y no por otro género de egoísmo.

Educación moral.

El temor al castigo o la esperanza de un beneficio, son pobres ideales en la formación moral, aun cuando hemos de reconocer que son pocos relativamente los hombres de mérito que se encuentran recompensados en la vida con la satisfacción que proporcionan las propias acciones.

Al llegar a este punto conviene separar el objetivo propio de la educación moral de Froebel y de Kant, puramente altruista, de aquel otro sentimiento de justicia, legítimo a nuestro entender, que induce al hombre a lamentar la falta de premio para la virtud o la ingratitud para la misma, sobre todo cuando esta conducta se agrava con el beneficio obtenido para los que no cumplen con su deber.

Sentimiento de justicia.

Pongamos un ejemplo: un funcionario público desempeña su puesto con absoluta devoción y exactitud, privándose de todo abuso que sin una idea recta del deber podría cometer. Al lado de este sujeto, otro colega suyo falta descaradamente a su obligación abandonando por largas temporadas su destino. El funcionario que cumple con el deber ha de sentirse recompensado por la propia satisfacción de su conciencia, pero está capacitado y hasta obligado a lamentar por un sentimiento de justicia que a su lado se conculque la obligación y que tal vez hasta obtenga un premio mayor el que falta a sus deberes.

La absoluta satisfacción interior, por lo tanto, está condicionada y hasta es compatible con la necesidad de mantener una norma colectiva de justicia y de equidad.

La formación religiosa del individuo desprovista de toda exaltación innecesaria, favoreciendo como dice Froebel «la santificación de todos y de cada uno», permite un apoyo de gran valor en aquella época de la vida en que las pasiones hacen flaquear la intención recta, para que ésta no vacile y permita que el individuo siga el camino de la virtud.

Formación religiosa.

Los sentimientos se desarrollan con intensidades muy distintas, según la influencia, aparte de la educadora, de que ya hemos hecho mención, de los temperamentos.

Las pasiones
y la
imaginación.

Influyen en la formación de los sentimientos, por una parte, las pasiones, y por otra la imaginación. Ordinariamente, y en el lenguaje común, aun en el literario, ambos fenómenos se confunden, y así se ve en el siguiente ejemplo, citado por Fouillee (1), que hace referencia a un biógrafo de Burke, quien hablando de este hombre eminente decía de él: «Sus pasiones eran vivas, lo que es necesario atribuir, en gran parte, a la intensidad de su imaginación». De un modo parecido Bain afirma «que la imaginación es el resultado de los sentimientos, no los sentimientos de la imaginación». Fouillee, acertadamente, dice a este propósito «que en todos estos casos hay efectos recíprocos; que la imaginación es absolutamente necesaria para cambiar la sensibilidad puramente nerviosa en cerebral.

En efecto; para que las pasiones duren, es necesaria una viva representación de los objetos, que se fijen con tenacidad en la memoria imaginativa, y por eso cierto autor—Dugald Stewart— ha podido decir, refiriéndose a la cobardía, que era ésta «una enfermedad de la imaginación».

La imaginación se representa los hechos y las ideas que hacen referencia al bien y al mal, las exalta, las multiplica y contribuye a que la conciencia y la voluntad formen las determinaciones en buen o mal sentido.

Por esto se explica que los sujetos sensitivos tengan una influencia, por su temperamento, sobre la vida, muy superior a las demás personas, y particularmente a las que tienen acciones reflejas mucho menos vivas.

Mas el temperamento sensitivo, cuando se da en personas dotadas de un perfecto equilibrio y en las cuales la sensibilidad va unida a una gran inteligencia y a una tenaz voluntad, es capaz de producir los actos más heroicos y más influyentes en la vida social.

El Hábito.

Además de lo que influye el temperamento, y como derivación del mismo, el carácter, en la orientación moral, hemos de

(1) *Temperamento y carácter*, pág. 128.

tener en cuenta la importancia ética y pedagógica del hábito. W. James cita, refiriéndose al hábito, la siguiente frase del Duque de Wellington (1): «El hábito no es una segunda naturaleza, sino diez veces la naturaleza»; tanto influye, según el celeberrimo soldado, la costumbre de realizar un mismo acto. El mismo autor relata el siguiente sucedido, tomado de Huxley: «Cuéntase, y parece muy creíble, aunque no sea cierto, que un bromista, viendo a un soldado veterano con su comida al brazo, gritóle súbitamente: ¡firmes!, a lo que el hombre hubo de pararse tan bruscamente que fué al suelo su modesto potaje, rota la olla en que lo llevaba por el brusco descenso del brazo, para colocarse en la posición mandada. El ejercicio hallábase incorporado, como dueño y señor, en la estructura de aquel hombre».

El hábito de repetir una misma acción, conduce al automatismo y crea una necesidad tan poderosa, que es difícil desligarse de ella una vez llegados a la edad adulta. De aquí se comprende la importancia moral y pedagógica de crear un hábito.

La oración que la madre enseña a sus hijos cuando son pequeños, y que hace repetir a éstos durante varios años, obliga en la mayor parte de los casos, aun a los hombres descreídos, a repetirla cotidianamente y a las mismas horas. Del mismo modo se engendran ciertas supersticiones, algunas estereotipias y hábitos automáticos, como el de salir de casa con el pie derecho antes que el izquierdo, poner la bota derecha antes que la izquierda, etc.

Este indudable automatismo, trasladado al campo de las costumbres morales, dará cuenta del valor de la educación para la formación ética del hombre durante su infancia.

En la vida del espíritu mucho puede el hábito; pero es indispensable que la inteligencia comprenda y la atención vigile que la realización de todas estas funciones se haga de una manera consciente, único modo de evitar la vulgaridad mecánica de las mismas y el peligro de que por esto último se conviertan en actos sin valor alguno.

Esta es la ocasión de recordar aquel axioma de la Fisiología que advierte cómo «el hábito embota la sensibilidad y perfecciona

El Hábito y la
sensibilidad.

(1) *Compendio de psicología*, pág. 163.

el juicio», aforismo que se modifica añadiendo «que a la larga el hábito también embota el juicio».

Mala cosa es que en el terreno de las acciones humanas, y sobre todo en las que recaen sobre la esfera afectiva, la sensibilidad se embote, porque con ello se correrá el riesgo de no hallar nuevas ocasiones de interesarse por los problemas que afectan a nuestros semejantes. Este es el caso de ciertos médicos y, sobre todo, de muchos cirujanos, que llegan a operar sobre el enfermo como *in anima vili*; pero aún es peor el que este hábito, repetido, llegue a nublar el juicio y a ser, por consecuencia, fuente de un gran número de equivocaciones y de errores.

Se comprende que sólo para el principiante y en aquellas tareas de gran emoción, el predominio de la sensibilidad excesivamente exaltada pueda perturbar la claridad de los razonamientos (por ejemplo, en el caso de los que comienzan la carrera quirúrgica); pero es también indudable que siendo la esfera sensitiva y particularmente la moral origen valiosísimo de impresiones y de ideas que forman los razonamientos y en definitiva los juicios, éstos han de flaquear notablemente desde el momento en que la sensibilidad se embote.

Por lo tanto, al hombre de acción, y en sus tareas profesionales, le será muy conveniente conservar íntegra la sensibilidad, dominada la emoción por la voluntad y libre la inteligencia para no extraviarse por las sendas del error.

II

Dice Thomas (1) que lo que distingue el amor a la verdad de todos los demás afectos y aun de la simple curiosidad, es su carácter esencialmente desinteresado. La verdad, en efecto, debe perseguirse por sí misma, sin más anhelo de recompensa que la satisfacción espiritual que su hallazgo nos produce. Este mismo autor—Thomas—añade además como carácter del amor a la verdad, su condición activa, puesto que nos lleva a indagar y a investigar la verdad en todas las cosas.

Amor a la
Verdad.

En el niño, el amor a la verdad se manifiesta bien pronto por la ingenuidad de las preguntas y de las delaciones espontáneas; en el adulto cuando su moral no ha sido en este aspecto que examinamos perturbada, el amor a la verdad se trasluce por los sacrificios, muchas veces oscuros, que se realizan para conquistarla.

Sin el amor a la verdad no habría ciencia ni habría descubrimientos; tampoco habría crítica serena y desapasionada. El amor a la verdad es el acicate del progreso y el estímulo que hace cambiar a la Humanidad continuamente de faz y de condiciones, aumentando el tesoro de sus riquezas materiales y espirituales. ¡Parece mentira que siendo el amor a la verdad una condición ingénita en el alma humana, pueda la sugestión perversa cambiar con frecuencia este sentimiento en el contrario!

Desde los primeros años el niño debe ser educado en el más escrupuloso respeto a la verdad, única manera de

(1) *La educación de los sentimientos*, pág. 311.

convertirle en un hombre útil para el mañana, tanto en su influencia moral como en su actividad profesional.

Decir la verdad es, según Wagner, hacer constar hechos (1).

Sinceridad y
franqueza.

La expresión de la verdad se traduce en dos aspectos del carácter: la sinceridad y la franqueza.

«Se llama franqueza, la condición del hombre que respeta los hechos, los expone claramente, llama a las cosas por su nombre y no sigue dos caminos para declarar lo que sabe. Franco es sinónimo de «libre». Hombre franco es aquel a quien nada puede impedir que diga la verdad.

La franqueza se une a otra cualidad que se llama la sinceridad. Ser sincero quiere decir: no ocultar ni alterar el pensamiento, traducir fielmente lo que pasa en nosotros, expresar con palabras claras los sentimientos de nuestro corazón, las ideas y las opiniones en nuestro espíritu. ¿Sabéis de dónde viene la palabra sinceridad? Su composición es muy ingeniosa. Sincero, quiere decir en latín, sin cera. La cera servía a los antiguos para disfrazarse, ponerse arrugas, cambiarse la cara. Estar sin cera, ser sincero, quiere decir, por tanto, no estar disfrazado y mostrarse tal como se es en realidad y no con cara prestada, pintada y compuesta a voluntad.

La franqueza y la sinceridad figuran entre las virtudes más hermosas. Sabéis que virtud significa energía viril, fuerza de carácter. Decimos, pues, que entre las mejores fuerzas que el hombre puede poseer, hay que colocar la franqueza y la sinceridad. El hombre franco y sincero no sólo está provisto de un instrumento admirable, de un instrumento bueno, con el cual se hace trabajo excelente, sino que posee un arma defensiva y ofensiva incomparable». (Wagner).

La palabra puede decirse, en contra de la repetida frase del conocido diplomático, que se ha dado al hombre para reflejar la verdad. Si no es necesario proclamar continuamente una verdad, podemos callarnos; pero nunca la palabra debe emplearse para ocultar el pensamiento ni para disfrazar la sagrada verdad.

Una cierta diplomacia al uso, que tiene más de intriga y espionaje que de conducta racional y humana, hace

(1) *Para los pequeños y para los mayores*, pág. 1161.

constantemente que en la vida se oculte o desfigure la verdad bajo la máscara de la hipocresía, del disimulo o de la mentira descarada, y de esta manera es muy frecuente ver en la Sociedad que la confianza mutua, base de toda relación moral, es sustituida por la desconfianza, hija a su vez del abuso de la inocente credulidad. Si en las relaciones sociales privadas o públicas esta conducta llega a dar resultados tan monstruosos como los que hemos podido contemplar en la última guerra, originada esencialmente por esa arcaica, astuta y perversa diplomacia de la mentira y de la tortuosidad, compréndese cuánto daño no ha de producir en el progreso científico la falta de sinceridad y de amor a la verdad.

Las afirmaciones humanas son susceptibles del error; pero este error es perdonable siempre y cuando asiente sobre la base de una perfecta buena fe.

En suma, al hombre debe juzgársele por el valor de sus palabras, y por eso es un acierto el antiguo refrán que afirma: «lo que vale la palabra, vale el que la dice».

Si la sinceridad y la franqueza han de ser virtudes esenciales del carácter humano, no quiere esto decir que sea indispensable exteriorizar cuanto se piensa y siente sin necesidad, ni oportunidad, de una manera espontánea. De aquí que el amor a la verdad haya de estar condicionado por la moderación y la prudencia.

Circunspección
y prudencia.

Un hombre que constantemente estuviese proclamando cuanto sintiera y creyese exacto, podría producir graves perjuicios a sus semejantes. En todo momento es necesario usar de una gran circunspección.

Los aspectos de la «circunspección científica» y de la «prudencia política» han sido expuestos por Bunge (1) con las siguientes palabras: «Una de las mayores características del espíritu de la pedagogía inglesa, es la prudencia. La prudencia, la moderación, la tranquilidad indagatoria aplicadas *crístianamente* a la ética y a la religión; *positivamente* a las ciencias físicas y políticas. La parquedad en las manifestaciones normales del sentimiento político y religioso, es en el pueblo inglés

Espíritu
de la Pedagogía
inglesa.

(1) *Evolución de la educación*, pág. 172 y siguientes.

un fenómeno aparente, que facilita las transiciones paulatinas de la civilización y desecha las violencias, contraproducentes por las reacciones que provocan. Diríase que su alma es un mar en calma, como un sonriente lago en su superficie, pero en cuyas honduras rugen potentísimas corrientes submarinas que sólo en casos extremos revelan sus energías, atacando héroes, como Warren Hastings, decapitando reyes, como Carlos I. Generalmente, desde Bacon, la circunspección, la necesidad de certidumbres, la antipatía hacia las hipótesis grandiosas, han sido cualidades de las ciencias físicas inglesas; desde Locke, de las ciencias morales. *Se comprende que los ingleses tachen de ligeros a los franceses y de quiméricos a los alemanes*, porque ellos son en su modo de manifestarse espíritus positivos y tranquilos. Sus pasiones, si no tan profundas, a lo menos en lo intelectual, como las del pueblo germano, son más duraderas y serias que las del francés y gustan de revestirse de una flemática tranquilidad. Tal es su *modus vivendi*, tal su *modus operandi*, y como curioso síntoma de este carácter, cito este rasgo típico de la oratoria británica: los grandes efectos se buscan allí preferentemente en bajas y tranquilas inflexiones de voz; cuanto más se agita la pasión, tanto más se ensordece la palabra, lo contrario pasa en la oratoria continental, donde cuanto más se entusiasma el orador, más grita, y cuanto más grita... ¡más aplausos cosecha!

Pues bien, esa característica del genio inglés tiene en su pedagogía una doble aplicación: a la instrucción, o sea a sus métodos científicos por una parte, y por otra a la educación propiamente dicha, o sea a la formación del carácter. Siendo esta última su primordial fin, su *ultrafin*, pugna por inculcar en el temperamento de cada uno esa moderación circunspecta, esa prudencia de formas; en una palabra esa *flema inglesa* que allí se considera utilísima cualidad para las luchas de la vida. El método positivo de análisis e inducción, aplicado singularmente a las ciencias morales, encauza los bríos del sentimentalismo. Repútanse los juegos atléticos el mejor medio de templar y disciplinar los ímpetus de la ira. Aun en oratoria la moderación se cultiva preferentemente en los *high schools* y Universidades, en innumerables *sociedades de*

debates (debating societies), ya privadas, ya semipúblicas, ora compuestas sólo de estudiantes, ora mixtas de estudiantes y profesores, cuyo único objeto es habitar a hablar con elegancia y discutir con prudencia».

Vemos, pues, que esta prudencia y circunspección aplicadas a la reglamentación del carácter sincero y franco no proporcionarán más que ventajas en la vida. En nuestros pueblos latinos la exaltación del sentimentalismo, convertido fácilmente en pasión, produce a menudo hechos contradictorios, convirtiendo a la sinceridad en impudicia y a la franqueza en grosería.

III

Pasemos al examen del problema de la mentira y de la astucia.

Mentira y
Astucia.

Hablando de la primera pregunta Wagner (1) «¿Cómo se hace uno embustero?» Después de recordar el antiguo refrán: *los niños y los locos dicen las verdades*, deduce como consecuencia, que en ambas clases de sujetos la franqueza se da como un instinto.

La mentira dice, este autor, que nace de diferentes maneras. Unas veces es una sugestión hecha en el alma del niño por compañeros mayores, que valiéndose de su prestigio le enseñan a contar una historia falsa para salir de un mal paso. Otras veces el niño que ha contado ingenuamente una travesura o picardía que realizó, es objeto de una fuerte reprensión, hecha por sus padres o por los maestros, que produce en su ánimo el temor de contar la verdad en caso análogo. En ocasiones dice una verdad que es cierta, pero que resulta inoportuna y recibe quizá algunos golpes para que aprenda a callar. Finalmente, el halago, la promesa de una golosina, el temor en todas sus formas, inducen al niño a desfigurar su pensamiento y a crear la mentira.



La mentira se presenta bajo diversas máscaras y formas. Unas veces reviste la de la *inexactitud*, que consiste en referir un hecho que ha existido, pero no tal como ocurrió. Otras veces se presenta en forma hiperbólica y es la *exageración*, caracterizada por el aumento de los datos y de los

Formas de la
mentira.

(1) *Para los pequeños y para los mayores*, pág. 121.

hechos. Hay individuos que exageran por costumbre, y hay pueblos que por temperamento. Se ha visto una multitud de personas formada por cientos de individuos, mas se cuenta que se vieron veinte mil. A veces la exageración es calculada y consciente, carácter el más peligroso y despreciable de la hipérbole. Por desgracia esto se ve reflejado con lamentable frecuencia en las estadísticas de ciertos biólogos e investigadores médicos. Esta exageración tan perjudicial para el progreso de la ciencia, entra en el campo del charlatanismo.

La mentira puede tomar la forma de la *maledicencia*, que consiste en ver lo débil, lo ridículo, lo desagradable, lo defectuoso de nuestros semejantes y en ponerlo de relieve. A propósito de esta clase de gentes, dice Wagner «que nunca hacen el retrato de las personas que pintan, sino su caricatura». Esta forma de la mentira es la más dañina de todas, porque como se apoya en hechos exactos, no se puede en absoluto calificar de falsa.

La maledicencia tiene una forma de suma transcendencia en el hecho de juzgar con pasión. Ni como jueces, en nuestros actos públicos, ni en nuestros juicios particulares, debemos calificar a las personas tan sólo por sus caracteres desagradables o ridículos. El juicio debe ser una síntesis de lo bueno y de lo malo, hecha siempre de un modo comparativo y con un gran espíritu de benevolencia; solamente así podremos ser justos y evitaremos caer en la maledicencia, que es mentira porque suprime y oculta cualidades nobles para destacar las pequeñas, aun a sabiendas de que se ocultan. Lo peor de todo en la maledicencia, es la intención deplorable y perversa que guía al que la practica. Finalmente, de todas las formas de la mentira, la más despreciable y la más baja es la *calumnia*, porque en ella se prescinde aun de las apariencias de la verdad. En la calumnia hay siempre una invención infernal, una trama que rodea a la víctima, para hundirla en la desgracia o en el descrédito.

Hay que odiar la mentira porque, como dice Wagner, «es cobarde, cruel, corrompe a la infancia, mancha lo que es puro o inmaculado, acusa al inocente, falta a las promesas, traiciona a los amigos, falsea hasta la Historia y suscita en todo lugar animosidades, querellas, desavenencias, catástrofes».

No todos los tratadistas están de acuerdo acerca del origen de la mentira. Hay quien cree, como La Brûyere que hay una tendencia instintiva en el niño a la mentira. Este autor, con un criterio a mi entender demasiado severo, ha pronunciado las frases siguientes: «los niños son altaneros, desdeñosos, coléricos, envidiosos, curiosos, interesados, perezosos, hurtadores, tímidos, intemperantes, mentirosos, disimulados» (1). Bourdin afirma que «la mentira no tiene necesidad de maestro; se desarrolla espontáneamente a la manera de la hierba que crece en los campos. Principia con los primeros fulgores de la inteligencia y sólo se extingue con ella». Hutinel y Babonneix dicen: «en la edad infantil, las facultades de imitación están tanto más desarrolladas, cuanto que durante años enteros nada sirve para contrabalancear su influencia. Por otra parte, se sabe con qué facilidad los niños convierten en realidad lo imaginario, prestando a todos sus ensueños movimiento y color, infundiéndoles vida. Su joven imaginación tiende a deformarlo todo y amplificarlo, y como ha dicho Bernardo Pérez: *ella traspasa la nuestra en el hecho de que no sabe o no puede limitarse*. Le falta el reposo necesario para poner las cosas en su punto».

Orígenes de la mentira.

En este carácter de la imaginación infantil, se funda indudablemente Thomas, cuando dice refiriéndose a dicha facultad en el niño, que éste no distingue entre sí las imágenes que posee y que espontáneamente objetiva; que para él todas las imágenes tienen igual valor y la misma intensidad; por eso confunde lo verdadero con lo falso y la apariencia con la realidad.

Influencia de la imaginación infantil en la génesis de la mentira.

Este carácter imaginativo se revela ante todo en los juegos, en los que da nombre a objetos muy distintos de los que se les hace representar. También en su lenguaje cometen errores que les hacen aparecer como embusteros. A este propósito cita Thamin el siguiente caso. Una vez castigó severamente a una pequeñita suya, porque acusaba falsamente a su niñera de haberla pegado. Tiempo después averiguó que la palabra *pegar* la empleaba esta niña para calificar todos los motivos de disgusto; pequeño o grande.

(1) Suñer, *Enfermedades de la infancia*, tomo 3.º, pág. 286.

En realidad, pues, no siempre la mentira es un hecho real en la conducta del niño.

Thomas añade sobre este asunto que la mentira aparece cuando nace la reflexión y despiertan las pasiones; en el momento en que el niño sabe distinguir del deber, su placer y su interés; se caracteriza por la intención en disimular la verdad, y en su origen, además de las causas ya citadas, señala este autor el orgullo, la vanidad, la envidia y la maldad.

Si con estos antecedentes se medita en la influencia que una vida equivocada y compleja puede ejercer sobre el alma del niño y del joven, modelándola en un troquel de falsedad, podrá comprenderse la importancia que en la vida del hombre han de tener la habilidad, la falsía, el desprecio de la verdad, en suma.

La vida pública. La vida pública es una fuente de enseñanzas lamentables; hasta el punto de que como dice Wagner (1) «en política, en Hacienda, en negocios, aun en la ciencia, las artes, la literatura y la religión, en todas partes, hay segundas intenciones, artimañas, manejos». Es indudable que en esa falsa vida pública, hay dos verdades, una para los de fuera y otra para los iniciados, de donde resulta como consecuencia fatal, que todos viven en el engaño, porque no se puede pertenecer más que a uno de los grupos, y los mismos iniciados que engañan a los otros con habilidad, son a su vez engañados cuando tienen que contar con la sinceridad extraña, que no existe, puesto que se encuentra sustituida por la desconfianza.

El resultado de este modo de vivir es, como dice con razón Wagner, el envilecimiento de la palabra humana, que sólo se usa para defender el ergotismo y los sofismas. La pluma es en estos casos puesta al servicio de los convencionalismos y de la maldad; con todo ello, aparentemente triunfa el reino de los pícaros, y digo aparentemente, porque el embustero y el bellaco son víctimas de sus propios ardides. «No hay bien ni mal que cien años dure» dice un viejo refrán, y del mismo modo el explotador concluye por ver cerradas las puertas que le estaban abiertas, y llega un

(1) *La vida sencilla*, pág. 63.

momento en que no existen oídos que sean capaces de dar crédito a sus mentiras.

La mentira, por lo tanto, no sirve, si es que logra su objeto alguna vez, más que durante un cierto plazo; al final se pierde el prestigio del que la emplea. Por eso ha podido decir cierto filósofo: «una hora de sinceridad, hace más por la salvación del mundo, que años enteros de picardía».

Claro que dentro del profesional de la mentira se incluye al astuto, que no es otro que el ser agudo y hábil para engañar o evitar el engaño o lograr artificiosamente cualquier fin.

En ciertas circunstancias de gran predisposición para simular y mentir, puede el médico comprobar el carácter patológico de las condiciones que aparecen en los sujetos que así proceden.

Caracteres de la simulación y de la mentira patológicas.

Muchos de estos enfermos—puesto que de sujetos patológicos se trata—presentan los caracteres de las neurosis, y bien en ellos mismos o en sus antecedentes hereditarios se comprueban el histerismo, la epilepsia, la alienación mental, la parálisis general, la ataxia, la sordomudez, los tics, el tartamudeo.

La mentira en estos casos suele desenvolverse con el aspecto clínico y social de la simulación, y por todos estos motivos ha podido decir J. Paget lo siguiente: «Puede considerarse la simulación de las enfermedades como manifestación localizada de una cierta constitución, y nosotros damos a esta palabra *localizada*, la misma significación que cuando hablamos de manifestación local de gota o sífilis. La constitución nerviosa, como las demás, es hereditaria en diferentes grados de generalización e intensidad.

Yo he visto simuladores en los cuales no podía encontrar otra perversión que la simulación actual de alguna enfermedad. Pero en la gran mayoría, hay manifestaciones anteriores o presentes de una constitución nerviosa bien caracterizada y que puede servir para el diagnóstico. Algunos han sido o son actualmente histéricos, pero encontraréis la simulación nerviosa en muchas personas que no han sido jamás histéricas».

Cualquiera que sea la condición patológica de estos sujetos, inclinados a la simulación y a la mentira, no puede desconocerse la enorme influencia que la educación tiene por su valor sugestivo en el desarrollo de la mentira. Su acción educativa

Valor sugestivo de la Educación en la génesis de la simulación y de la mentira.

ha sido comparada, por Fournet, a una segunda generación, a la que ha dado el nombre, dicho autor, de «generación psíquica».

Parece que la edad tiene un valor indudable en la neurosis simuladora. Antes de los seis o siete años apenas está desarrollado el arte de mentir. A partir de dicha edad va adquiriendo incremento hasta alcanzar su máximo predominio en la pubertad. Después de los doce o quince años se manifiesta la tendencia natural a disminuir; por eso esta es una edad favorable y decisiva para la formación de la personalidad moral. «La simulación —ha dicho Eröss— pertenece a la segunda infancia, cuando el pensamiento y la voluntad han roto los lazos del instinto natural y cuando el conflicto entre el deseo y la voluntad, retenida en los límites normales, no encuentra siempre la solución en una resignación muda».

También en los estados patológicos ejercen una influencia ocasional todas aquellas causas morales que antes hemos mencionado entre los orígenes de la mentira. Mas una intervención muy predilecta tiene la pereza, que es muchas veces expresión de un estado asténico. La pereza induce al niño a simular y mentir para evitar todo esfuerzo.

En otro lugar he dejado expuesto la importancia que tiene el conocimiento de la tendencia natural imitativa de los niños, su fácil sugestionabilidad y su frecuente inclinación a la mentira, cuando se trata de apelar a su testimonio en las cuestiones médico-legales (1). En la publicación a que aludo dejo consignado el extraordinario recelo con que deben siempre mirarse las acusaciones formuladas por los niños.

Como demostración de lo que digo, puede citarse la facilidad con que se hace a un niño pequeño afirmar como visto un fantástico relato en el que figure un personaje imaginario ataviado con un traje de colores chillones, que lleve un cuchillo en la mano; a poco esfuerzo sugestivo que se haga, el niño dará como indiscutiblemente visto este cuento que se le sugiere.

Por eso tiene un valor muy grande la forma como se conduzcan los interrogatorios judiciales en los niños, pues de su

(1) Suñer: *Enfermedades de la infancia*, tomo 3.º, pág. 289.

inhabilidad depende muchas veces la producción en ellos de falsas ideas. A este hecho, sin duda, se refieren Hutinel y Babonneix en las siguientes frases: «otros—los niños—formulan contra las personas que están a su alrededor acusaciones, que, por su ingenuidad calculada, su aparente sinceridad y la precisión de los detalles han podido muy frecuentemente imponerse a la justicia y hacer condenar a inocentes.

Esta tendencia a la mentira, para la cual Dupré ha creado el término feliz de *mitomanta*, ha sido en todo tiempo señalada por los moralistas y los escritores, Montaigne y La Bruyère entre otros, merece ser particularmente bien conocida de los médicos y de los magistrados, porque quita todo valor a los testimonios judiciales de los niños».

Mitomanía.

Un punto muy oscuro es el de la diferenciación de los límites que separan la simulación consciente de la inconsciente. Solamente la sagacidad del médico puede diferenciar ambos casos. Brissaud dice con referencia a este asunto: «la diferencia entre la superchería consciente y la inconsciente, parece imposible de establecer. Cuando los enfermos comienzan a mentir, no se puede prever los límites de la mentira morbosa».

IV

En la vida moral ejercen una influencia considerable las pasiones. Por pasión se entiende, desde Kant (1), una especie de «enfermedad que resulta de una constitución viciosa o de veneno absorbido». Este filósofo, para diferenciar la emoción de la pasión, comparaba la primera a la corriente de agua que rompe un dique, y la segunda a un torrente que ahonda cada vez más su lecho. La emoción, es un arrebato; la pasión, una enfermedad.

Pasiones.

Ribot (2) distingue la pasión de la emoción por diferentes caracteres, que son «la tiranía y el predominio de un estado intelectual (idea o imagen), la estabilidad y la duración relativa», y un poco más adelante añade que «la pasión es una emoción prolongada e intelectualizada».

La emoción, para Ribot, a pesar de tener un fondo común con la pasión, no sólo es distinta, sino contraria. En la emoción existe siempre un estado primario; en la pasión hay una formación secundaria más compleja. La emoción es producto de la naturaleza; la pasión, en parte, es natural y en parte artificial, pues en ella actúan el pensamiento y la reflexión aplicados a nuestros instintos y a nuestras tendencias.

La Emoción.

En la génesis de las pasiones existen causas internas y externas. Entre las externas hay que contar con el poder de la imitación y de la sugestión. Ambas cosas se dan especialmente en los niños, y aquí es oportuno consignar el influjo del cinematógrafo y de las novelas que se llaman *pasionales*.

Génesis de las Pasiones.

(1) *Antropología*, libro 3.º, paragrafo 73.

(2) *Ensayos sobre las pasiones*, pág. 11.

Mas las causas externas tienen un valor muy relativo y secundario cuando se las compara con las internas, y aun mejor con la única verdadera causa interna, que se condensa en una palabra: la «predisposición». Esta predisposición, es un conglomerado de la constitución fisiológica del individuo, de su temperamento y de su carácter.

Aptitud
pasional.

En sus afectos el hombre puede producir todas las gamas de la sensibilidad; cuando esta sensibilidad, por condiciones biológicas, está muy desenvuelta, se creará la *aptitud pasional*. La naturaleza íntima de estas condiciones se nos escapa. Sólo en hipótesis puede suponerse que el sentimental tiene un modo de nutrición de su sistema nervioso que favorece las reacciones sensitivas y que existe un tipo sensitivo que es terreno abonado para las manifestaciones pasionales. Mas no todos los sensitivos, ni siquiera la mayor parte de ellos, pertenecen al grupo de los apasionados. Es menester separar de esta masa los sentimentales y los impulsivos emocionales. Los primeros son soñadores; los segundos se caracterizan por la falta de la inhibición, por la hiperestesia de los centros sensitivos y por la tensión excesiva de los motores; son en su mayor parte desequilibrados, muchos de ellos de tipo superior, y sólo erróneamente se califican de apasionados. Ejemplos de estos impulsivos emocionales son Alfieri, Byron, Berlioz, Egardo Poë, Figaro y Espronceda.

En cambio, en los apasionados existe una gran preponderancia de la estabilidad de la tendencia que se exalta. «La pasión—dice Malapert—es una inclinación que se exagera, sobre todo que se instala con carácter de permanencia, que se hace centro de todo, que se subordina a las demás inclinaciones y las arrastra tras de sí. La pasión es, como se ha dicho, en el dominio de la sensibilidad, lo que la idea fija es en el de la inteligencia».

Orígenes de las
pasiones.

Ciertas pasiones obedecen en su origen a necesidades vegetativas, tal ocurre con el amor; otras a necesidades psíquicas o apetitos de orden intelectual, cual sucede con las aventuras, el deseo de viajes, ciertos deportes, etc. Estas últimas reproducen el deseo de afirmar la personalidad y corresponden a la fórmula de Nietzsche: *la voluntad de poder*. Hay en los

sujetos que pertenecen a este último grupo una gran necesidad de actividad y un gran acúmulo de energía psico-física que gastar. Dice Ribot que de esta tendencia brotan no solamente las pasiones, sino también los fanatismos, y Beaunis afirma: «es esta necesidad de actividad psíquica, cuando se lleva muy lejos, la que forma los coleccionistas, los investigadores, los inventores, los acaparadores de negocios, los especuladores, los proyectistas, los misioneros o los apóstoles de una religión o de una idea, escritores, artistas, financieros, hombres políticos, cuya vida es una fiebre perpetua y cuyo cerebro está siempre en ebullición».

Estas pasiones se pueden llamar *dinámicas*, aun empleando este término con cierta impropiedad; pero de algún modo hay que diferenciarlas de aquellas otras *estáticas*, de las que es tipo la avaricia.

Pasiones
dinámicas.

Contenidas en ciertos límites las pasiones, son motivos propulsores de los grandes progresos en el hombre, y claro es que al decir esto me refiero a las pasiones nobles. Mas exageradas o desequilibradas, pueden arrastrar al sujeto que las padece a las simas más profundas de la abyección y del vicio. Por eso la pasión ha de ser contenida por el freno de una voluntad poderosa, para tenerla a raya y para impedir su exaltación excesiva. De esta manera y sólo con esta condición, la pasión puede convertirse en estímulo, dirigida por la moral, para el progreso de la cultura y de la ciencia. Y muy especialmente ha de tenerse cuenta con los sujetos sensitivos, de los cuales ya hemos hablado que por sus condiciones naturales están más expuestos a caer en los peligros del apasionamiento.

En la vida y en el cultivo de la ciencia, existe una pasión que merece un particular examen: el amor propio. El amor propio, que, como ha dicho elocuentemente Nicasio Mariscal (1), es «arma de dos filos, tósigo y triaca a un tiempo del alma humana, que nos eleva hasta los cielos y nos hunde en los abismos de la desgracia y de la miseria, del que bien puede decirse que es un sol que brilla sin consentir rivales en el firmamento intelectual del hombre, pues al modo que

Amor propio.

(1) *Ensayo de una higiene de la inteligencia*, pág. 248.

cuando se alza el luminar del día, palidecen las estrellas y acaban por desaparecer de nuestro horizonte sensible, así cuando la voz de esta poderosa pasión humana vibra en nuestro espíritu, caen y se humillan todas las demás pasiones, y lo que es peor, todos los sentimientos afectivos, todas las más sublimes virtudes».

El amor propio origina y sostiene un sentimiento útil en la formación intelectual del hombre, siempre que no se exagere y a condición de que se encauce por un buen camino. Este sentimiento es la emulación. Mas de la emulación se puede pasar a la envidia, si un cuidadoso freno y una gran alteza moral no la dirigen.

Emulación y
envidia.

La emulación se distingue de la envidia, porque aquella parte del reconocimiento del mérito en los demás, y debe tener como norma la estimación. Esta es la base moral. A partir de este sentimiento, surge el deseo de alcanzar y aun sobrepasar el valor ajeno; pero sin rivalidades envidiosas y sin vanidad alguna. Dice a este propósito la Bruyere, que entre la envidia y la emulación, hay la misma distancia que existe entre el vicio y la virtud.

La emulación puede convertirse en la envidia cuando una mala dirección sigue al niño que posee aquella virtud; cuando sus esfuerzos son estériles o cuando dichos esfuerzos no se alientan debidamente, puede aparecer la humillación que irrita contra el vencedor; entonces surgen los malos sentimientos que engendran el orgullo, los celos y la envidia, y que han sido señalados por Bernardino de Saint Pierre. Mala cosa es transformar la clase en palestra de continuadas luchas. No es conveniente excitar a unos alumnos contra otros, ni alabar con extraordinaria exageración a los que brillan y burlarse de los que se equivocan, y tan cierto es esto, que por nuestro sistema español de la emulación excesiva en el orden académico: premios, matrículas de honor y ejercicios de trinca en las oposiciones, hemos engendrado muchos tipos de petulantes inútiles y de envidiosos permanentes. Esto no quiere decir que la emulación no deba ser un arma que suficientemente manejada pueda dar excelentes resultados; pero esto es sólo a condición de que se ejerza con prudencia y por pedagogos competentes.

Donde más peligro existe para que la emulación escolar excesiva dé resultados perniciosos, es en los neurópatas, en los tarados con una herencia nerviosa de carácter patológico, en los desequilibrados muy particularmente. El peligro de esta excitación del cerebro y de los sentimientos en esta clase de niños que emprenden las tareas escolares con una insuficiente capacidad mental, ha sido puesto de relieve de una manera magistral, con toda la autoridad del nombre de su autor como neuropatólogo, por Oppenheim, en su obra «Neuropatía y Educación».

Peligros
de la emulación
escolar en los
neurópatas.

La envidia, de la que no están exentos aún cerebros de gran altura mental, es el gran corrosivo de la vida humana y el obstáculo más formidable al avance de los hombres de talento.

Los celos y la envidia—dice Mariscal—, son las pasiones deprimientes que mayores estragos causan en las personas de talento cultivado, principalmente en aquellas que pertenecen a profesiones que dependen de la consideración pública o del favor de algún personaje más o menos egregio.

V

Interesante, desde el punto de vista de la moral, es el examen del egoísmo y del altruísmo.

Egoísmo y altruísmo.

El egoísmo se engendra por una exageración del propio yo, con olvido de las atenciones y de los deberes que tenemos para con nuestros semejantes. Mas entiéndase bien, que con esto no quiere decirse que haya de ser el yo odiado, perseguido y anulado, como pretendía Pascal. El derecho a vivir, el concepto de la propia personalidad, el honor, el legítimo interés personal y el cumplimiento de aquellos fines espirituales justos, nobles y que podamos confesar sin rebozo, es algo que merece consideración y respeto de nuestros semejantes. Si a esto se puede llamar egoísmo, tal afecto al propio yo sería justificado. Así ha podido decir Bourdeau (1), que existe una medida moral del egoísmo que debe anteponerse a toda obligación de altruísmo, y que consiste en mantener intacta la esencia misma de la personalidad.

No hay deber social alguno que nos obligue a sacrificar nuestra vida, nuestros ideales, nuestras convicciones y nuestros justos intereses. En este sentido es legítima la defensa del individualismo. Todos estos derechos son compatibles con el cumplimiento de nuestras obligaciones hacia nuestros semejantes, ya que no es posible, por muy individualista que se sea, vivir con absoluta independencia del medio social. Nuestros semejantes nos prestan ayudas y servicios de un valor incalculable y sin los cuales no podríamos subsistir decorosamente. Nosotros, por nuestra parte, debemos prestar una utilidad

Defensa del individualismo.

(1) *El problema de la vida*, pág. 343.

pública con nuestro trabajo físico o intelectual, con nuestros capitales, con nuestros medios de producción, en suma. La vida de un hombre que sólo recibe de la Sociedad beneficios y utilidades, sin devolverle en cambio ninguno, es comparable a la del parásito que vive a expensas de un árbol o de un vegetal cualquiera. Esta vida parasitaria es condenable por dos razones: la primera, porque convierte al que la practica en un sujeto completamente inútil, y la segunda, porque la pereza engendra, como consecuencia fatal, vicios, que se convierten en daño y perjuicio para los demás hombres. De aquí lo justificado de las leyes represivas de la vagancia y de la captación de capitales que permanecen improductivos en las manos de ciertos individuos parásitos.

El altruismo surge, según dice Bourdeau, como una ampliación inteligente y generosa del egoísmo, que permite al hombre unirse a otros grupos sociales y recibir de ellos ayuda y ocasión para extender y fructificar sus merecimientos.

El altruismo racional, es absolutamente científico, puesto que la ciencia demuestra que somos seres que no podemos vivir sin solidaridad con nuestros semejantes, que a ellos nos debemos, puesto que de ellos recibimos ventajas y utilidades.

Exageraciones
del altruismo.

El altruismo, que es un bien, puede convertirse en un mal cuando se exagera, e indefectiblemente degenera, en estos casos, en tiranía. Tal sucede con ciertas agrupaciones sindicalistas, y aun socialistas, que, por desgracia, van siendo imitadas por colegiaciones profesionales obligatorias, como las actuales de los médicos, por ejemplo, que, olvidándose de estos principios filosóficos y éticos, pretenden, con ilusorio altruismo, condenado fatalmente al fracaso, suprimir la libertad y los derechos individuales gracias a la tiranía de ciertas disposiciones faltas de meditación y de fundamentos científicos. Porque es tiránica toda idea altruísta que pretende sacrificar constantemente el derecho de las partes en beneficio del todo; porque no hay posibilidad práctica de realizar un fin ético colectivo sin la suma de las voluntades libres y espontáneas, productoras del bien, en la medida de su educación, de su comprensión y de sus tendencias.

Quizá parezca un poco oscuro este último concepto, mas él reproduce el resultado de un análisis detenido de

los fundamentos morales referentes al altruismo y al egoísmo, que deben, a mi parecer, ser la base de las asociaciones profesionales de todo orden.

La libertad moral es, según este criterio, absolutamente indispensable para decidirse al bien, y así como el tal bien se convertiría en mal si un equivocado y desenfrenado egoísmo hiciera olvidar todos nuestros deberes para con los demás hombres, lo mismo ocurriría si un lírico e impremeditado amor a los demás se diera olvidando los deberes para con nosotros mismos, y sobre todo para nuestro derecho a decidir la conducta, que es la verdadera libertad. Libertad moral.

Pudiera objetarse a estos puntos de vista que las leyes de los Estados significan obligaciones con merma, muchas veces, de la propia individualidad. No es lo mismo, sin embargo, formular y acatar leyes producidas por la compleja heterogeneidad de diferentes grupos sociales, promulgadas con todas las garantías de la discusión y de la fiscalización públicas, que hacer estas mismas leyes o reglamentos, que para el caso valen como leyes, con un criterio partidista o profesional exclusivo, que, por este solo hecho, es circunstancia segura del apasionamiento de dichas disposiciones. No debe olvidarse, por ser compendio de cuanto vengo exponiendo en los anteriores conceptos, la gráfica e ingeniosa frase de Marco Aurelio, que dice así: «Lo que es útil a la abeja, es también útil al enjambre, y lo que es útil al enjambre, lo es también a la abeja». Nosotros, los profesionales, no formamos parte primordial del enjambre médico, jurídico, literario, etc., sino del enjambre social, suma compleja de todos estos organismos, que de ningún modo pueden vivir independientes; y para terminar, todas las disposiciones y obligaciones que parten de estos pequeños enjambres, suelen ser muchas veces injustas, porque olvidan la utilidad general e individual, porque pecan de raquitismo y de pequeñez de miras, finalmente, porque desconocen que para obtener un beneficio para el enjambre social o profesional es menester primero hallar la utilidad para la abeja.

Dentro de los términos que exponemos, de la limitación que han de tener tanto los sentimientos egoístas como los altruistas, será oportuno señalar una cierta preponderancia a estos

últimos, y así, para contrarrestar las tendencias egoístas, tan innatas en la naturaleza del hombre, bueno será inculcar al niño, desde los primeros años, una educación noble y levantada, que tenga como punto de mira principal el beneficio para nuestros semejantes.

Utilitarismo.

«El utilitario—asegura Duprat—no hace nada por interés estético o intelectual, ni por un ideal del que no sabe si ha de obtener ventajas». Los buscadores de oro primeramente persiguen el dinero como medio de obtener comodidades y placeres; pero pronto el medio se transforma en el fin y el codicioso lo desea con el solo placer de poseerlo; así se engendra el avaro. Stuart Mill, dice: «Más quiero ser un Sócrates descontento, que un cerdo satisfecho»; aun cuando esta opinión no la compartan muchos de sus discípulos, que consideran a Sócrates como un soñador, utopista, que no supo hacer negocio, y prefieran a un feliz industrial, que, sin elevación de espíritu ni de corazón, triunfa en sus empresas, se enriquece y asegura la existencia agradable.

Muchas de estas perversiones del que pudiéramos llamar *sentido normal de la vida de relación*, tienen un fondo morboso. En los débiles mentales «el afecto en las escalas inferiores para los padres y para la familia está muy disminuído. El egoísmo se manifiesta en muchos de estos niños muy exagerado. En sus acciones parecen buscar como único fin sus propios beneficios, olvidando los de los demás. Los sentimientos altruístas o no existen o están muy borrados, carácter este último tan fundamental y seguro en la psicología de los degenerados, que no falta nunca aun en el grupo de los desequilibrados superiores, que presentan a veces parciales y brillantísimas cualidades intelectuales.

El altruismo en la vida, además de ser la función más noble y más elevada de las que ejercita el alma humana, es también el dato más seguro de la perfección psíquica del hombre» (1).

(1) Suñer, *Enfermedades de la Infancia*, tomo 3.º, pág. 356.

VI

Las perversiones del sentido moral pueden adquirir un carácter francamente patológico que se comprueba en un gran número de neurópatas y de alienados. De los caracteres y condiciones de estas perversiones, están llenos los libros de Psiquiatría.

Perversiones
morales.

A. Cullerre (1) ha hecho un resumen muy acertado de estos trastornos mentales, al cual nos referiremos con frecuencia en las páginas que siguen.

Los histéricos ocupan un lugar muy significativo en esta clase de perversiones del sentido moral.

Histerismo.

Dice Legrand du Saule: ni razonable ni loca, la histérica pertenece por lo común a una familia de neurópatas, de convulsivos, de apopléticos, de alienados o de suicidas, y en el lenguaje científico se la llama una *predispuesta*, una *hereditaria* o una *cerebral*. Expuesta a la enajenación, queda siempre en la frontera de la normalidad mental, y la locura suscita sobre su estado las opiniones más diversas. Imperfecto retoño de una familia afectada de vicios patológicos, representa a su manera un pasado morboso en vía de transformación.

El carácter distintivo del *histerismo psíquico*, es la inestabilidad del carácter. Tan pronto cambian desde los modales más atentos y atractivos a los más groseros. Se hacen inopinadamente susceptibles y con frecuencia son presa de la cólera. En estos cambios de carácter no hay transición. «Gozan entonces en hacer sufrir a los demás y en hacer el mal por el mal».

(1) *Las fronteras de la locura.*

Deficiente o ausente el sentido moral, las histéricas son presa fácil de sus pasiones. En la exaltación de sus sentimientos, lo mismo pueden decidirse por el bien que por el mal, siempre que el uno o el otro traigan aparejada la posibilidad de llamar la atención de las gentes.

Son las histéricas con mucha frecuencia inteligentes, atractivas, y poseen un gran arte para seducir y cautivar. Artistas nada vulgares, «adoran la escena y abusan de ella».

En medio de este fondo psicológico aparecen en su mente ideas fijas que mantienen, en contraste con su habitual versatilidad, con una constancia y una tenacidad extraordinarias. Hacen amistades imprevistas; desarrollan su simpatía hacia las nuevas personas de un modo volcánico; pero con la misma facilidad convierten el amor en odio y en aversión el atractivo. Son celosas de sus maridos, de sus amantes, de su belleza, de su elegancia, y no perdonan a hombre ni a mujer que las haga deslucir o no figurar en primer término. Manejan la calumnia para vengarse de cualquier pretendida ofensa, y aparentando en público elevados sentimientos y maneras distinguidas, son en la intimidad descaradas y capaces de las más groseras acciones.

Depravación
moral
de algunos
histéricos.

La depravación moral acúsase especialmente en la vida privada.

«A las pocas semanas de casada la histérica, se duele de no ser comprendida y de no haber encontrado el sér en quien estaba llamada a derramar los tesoros de amor que se desbordan de su alma. Para desagradar a su marido no omite medio alguno. El marido pierde la paciencia, se entabla una querrela y van ante los tribunales, que, invariablemente, reconocen la culpabilidad del marido. Esta perversión afectiva no se revela sólo respecto del esposo, sino también respecto de los hijos. Histéricas hay que demuestran gran afecto a uno de sus hijos y aversión a otro; las hay, por horrible que sea decirlo, en quienes no existe el instinto maternal» (Brouardel).

La norma de la vida familiar de las histéricas, es mantener constantemente en tensión los espíritus que la rodean. Reproches, recriminaciones, dudas, desconfianzas, acusaciones, quejas, malos tratos de palabra y de obra y, en fin, cuanto el

espíritu del hombre puede crear para hacer una vida infeliz y un hogar desgraciado, es producto fácil de elaboración en la mente de la histérica.

Para ella no hay amistad sagrada a la cual no se la pueda zaherir de alguna manera. Si se trata de mujeres casadas, lo más probable es que las amigas sean acusadas de relaciones ilícitas o por lo menos de intenciones deshonestas con el esposo.

Para ellas no hay deber ni respeto que sean obligados; todo cuanto de más excelso y digno adorna al espíritu humano, puede caer en las garras de su afición a la calumnia y a la maledicencia.

Claro es que en esta descripción psicológica hay grados de intensidad: desde los que constituyen el histerismo ligero, hasta los que forman la locura histérica.

La mentira merece una particular mención dentro de la psicología del histerismo. He aquí algunas opiniones de clínicos y de alienistas eminentes.

«La histérica—dice Brouardel—es esencialmente mentirosa, hasta el punto de constituir el criterio del carácter histérico».

«Las histéricas—Huchard—son dignas de atención por su espíritu de doblez, de mentira y de disimulo».

«Lo mismo engañan a sus maridos y a sus padres, que a sus confesores y a sus médicos» (Morel).

«Sorprende a veces la sagacidad o tenacidad inusitada que las mujeres que están bajo el influjo de la gran neurosis despliegan para engañar» (Charcot).

«Las mentiras de las histéricas no son sino el resultado de la combinación de un hecho falso y de una sagacidad que imprime a ese hecho el seilo de la verosimilitud» (Lasègue).

No terminaríamos si tuviéramos que exponer los ejemplos que todos los autores citan para demostrar el amor a la mentira y la aptitud para la simulación de los histéricos. En páginas anteriores he dejado expuesto el peligro que tienen las afirmaciones de los niños en las acusaciones de otras personas. Ahora añadiré que especialmente es en los niños histéricos donde este peligro aumenta.

En los degenerados corrientes también la mentira y la simulación suelen hallarse muy desarrolladas, constituyendo, Degenerados.

en muchos de estos enfermos, un estado mental patológico, al cual ha dado Dally el nombre de *delirio malicioso*. La tendencia de este delirio, propio de ciertos degenerados, no es otra que la de producir una impresión extraordinaria en las personas que los rodean. Entre otros ejemplos de esta modalidad de estado mental, cita Cullerre los siguientes: Una joven anuncia su muerte para tal día y tal hora. En la fecha fijada se fingirá muerta, y pasados tres días volverá en sí, gozosa de percibir la desesperación que ha producido en las personas de su familia.

Un joven que desea sentar plaza de original, rechaza, a la vista de los demás, la carne como alimento, pero la comerá en secreto.

Una joven muy piadosa va un día a confesarse y no quiere recibir la comunión, porque dice que es imposible que logre la salvación de su alma. Tan pronto como la familia muestra su indiferencia hacia la herejía de la joven, aquélla desaparece.

Histéricos y alienados, en sus mentiras, pueden causar enormes perjuicios con sus denuncias y con sus imputaciones. Tan pronto acusan a otras personas de haberlas robado, como de haber intentado violarlas, como de haber sido objeto de malos tratamientos, de intentos de asesinato, etc. Errores judiciales han sido cometidos, algunos de enorme transcendencia. Uno de ellos, citado por Legrand du Saulle, se refiere a un joven, acusado de tentativa de violación, que pasó diez años en presidio. «¡Quiera Dios—dice este autor—que el relato de este terrible error judicial pueda servir para reparar, hasta cierto punto, el daño causado a un inocente y contribuya a evitar en el porvenir tan lamentables equivocaciones!»

Criminales.

Existe un grupo de pervertidos, quizá el más interesante de todos, desde el punto de vista biológico, que es el de los criminales.

Dentro de este gran grupo hay una serie de sujetos que pueden calificarse verdaderamente de irresponsables, puesto que el examen psicológico de los mismos demuestra que padecen una falta de sentido moral producida por el incompleto desarrollo de todas las facultades mentales, y particularmente de aquellas que hacen referencia a los estados de conciencia. Son, en una palabra, *imbéciles morales*.

Los antecedentes, en estos casos, prueban, generalmente, la existencia de taras patológicas muy graves en las familias de tales pervertidos. Suele encontrarse, con frecuencia, la idiocia, la epilepsia y la enajenación mental.

Los crímenes que estos sujetos cometen no tienen, la mayor parte de las veces, un motivo que los explique suficientemente; son sujetos impulsivos, los unos, y los otros llenos de obsesiones; en los más no existe otra cosa que un predominio de la inconsciencia y un desenvolvimiento de los instintos bestiales. En estos sujetos se encuentran los estigmas degenerativos.

La anatomía no permite, aparte de ciertos rasgos, a los cuales no se les puede conceder un valor absoluto, diferenciar a estas personas de las del resto de su especie; por eso, desde los tiempos de Garófalo, se ha tenido que caracterizarlos por las perturbaciones morales.

El tipo criminal, desde el punto de vista anatómico, no obstante los esfuerzos de Lombroso y de los fundadores de la escuela del *criminal nato*, no se ha podido establecer. Lo mismo podemos decir de los caracteres funcionales, y autores como Tarde (1), que admiten el *tipo criminal*, no lo hacen sin exponer muchas reservas, y es que dicho tipo se confunde con el degenerado, puesto que la degeneración es la base de la mayor parte de las perversiones y anomalías mentales.

En todas estas perturbaciones, lo mismo en las primitivas mentales que en las secundarias a enfermedades infecciosas o tóxicas, es muy frecuente que el acto delictivo sea engendrado por una obsesión. Las obsesiones o ideas fijas están caracterizadas, según Freud: 1.º, por la idea obsesionante que se impone al enfermo y le domina por completo; 2.º, por un estado emotivo que llega hasta la ansiedad, que se asocia a dicha idea. Muchas de estas obsesiones se acompañan de conciencia de su existencia para el propio enfermo; en otros casos, el paciente llega a perder por completo dicha noción.

Obsesiones.

La génesis de las obsesiones ha dado lugar a una impresionante y discutida *teoría del origen sexual* de las mismas, debida a Freud. Según este autor, se producen por lo que se ha

(1) Feré, *Degeneración y criminalidad*, pág. 81.

denominado también *trauma psico sexual*: impresiones producidas por todas las anomalías, excesos, desviaciones y abstinencias del acto genésico. Grandes discusiones ha suscitado tal teoría, y aun cuando lo probable sea que no todos los estados obsesionantes tengan un origen sexual, como aseguran personalidades de tanto relieve como Pitres y Régis (1), no puede menos de reconocerse que estos conceptos de Freud han abierto nuevos horizontes a la patogenia y a la terapéutica de un gran número de perturbaciones de esta naturaleza.

Contagio
moral.

Las perversiones morales son contagiosas. Es obvio el conocimiento de lo que influye el ejemplo en la buena o mala educación. Del mismo modo, el ejemplo perverso cunde entre los sujetos predispuestos. Así, se constituyen las bandas de malhechores, y las prisiones se convierten en escuelas de la infamia y del delito.

Conocido es que la moralidad de las tropas que invaden un territorio enemigo es siempre mala, hasta el extremo de que los actos más reprobables se cometen sin que los oficiales puedan, la mayoría de las veces, contener a la multitud en pleno desenfreno.

El ejemplo se ve, especialmente, dentro de las familias de los malhechores, en donde es frecuente que los malos hábitos se transmitan de padres a hijos. No es sólo el contagio el que determina la propagación de los actos punibles; influye, de un modo considerable también, la herencia degenerativa; pero, como dicen Vigouroux y Juquelier, aquél tiene un valor preponderante (2).

Moralidad
de las
muchedumbres.

Una forma del contagio mental se encuentra en el estudio de la psicología de las multitudes. Especialmente merece atención, desde este punto de vista, el examen de la *moralidad de las muchedumbres*, al cual ha dedicado un capítulo de gran mérito G. Le Bon (3). Obsérvase cómo estas multitudes dan un tono sintético de moral, más bajo o más elevado que el de

(1) *Las obsesiones y los impulsos*, pág. 263.

(2) *El contagio mental*, pág. 268.

(3) *Psicología de las multitudes*, pág. 67 y siguientes.

la suma de las morales individuales que lo componen; y es que la muchedumbre multiplica los sentimientos. «Los perversos, que en la vida del individuo aislado sería peligroso satisfacer, sufren (Le Bon) una especie de absorción por la multitud irresponsable, y en virtud de la impunidad que ella adquiere, desaparecen las trabas que se oponían para exteriorizarlos».

Mas la muchedumbre no siempre es capaz de actos perversos, sino también de abnegación, de sacrificios y desinterés, y así puede verse cómo los ejemplos heroicos se desarrollan muchas veces hasta llegar al sacrificio de la vida cuando se invocan los sentimientos de gloria, de honor, de religión y de patria.

«El interés personal es rara vez móvil poderoso de las muchedumbres y casi exclusivo del individuo aislado. No es, ciertamente, el interés el que ha guiado a las muchedumbres en tantas guerras incomprensibles, muy frecuentemente para su inteligencia, y en que se han dejado matar tan fácilmente como las alondras, hipnotizadas por el espejo del cazador» (Le Bon).

Las multitudes exaltadas son poco o nada reflexivas, y de aquí la facilidad con que el error o la calumnia, revestidos de una apariencia de razón o de sentimiento excitante, pueden determinar conflagraciones y arrebatos de cólera o de odio. Por eso sólo se puede admitir, con muchas restricciones, la conocida frase «vox populi, vox Dei». ¡La voz del pueblo no siempre es la voz de Dios, sino muchas veces es la del demonio!

VII

El amor a la verdad condensa la suma de las reglas de moralidad que deben regir en el dominio de la Ciencia y de la Enseñanza. La Moral en la Ciencia y en la Enseñanza.

Quisiéramos que los hombres dedicados a su cultivo tuviesen tan sagrado culto a dicha noble cualidad del espíritu, que no fuera posible superarlos por nadie.

El progreso de la ciencia, sólo se logra a expensas de un interés puro por la investigación. En todas aquellas profesiones en las cuales al lado de la conquista científica hay una aplicación de carácter positivo, de mayor o menor industrialismo, existe el riesgo de que la codicia perturbe el recto sentimiento que conduce a la afirmación de la verdad, y en este sentido no hay carrera alguna, como la del médico, en la cual sea más necesario ponerse a cubierto de estos peligros.

En todas las ramas del saber de aplicación inmediata al hombre, es imprescindible que el amor a la verdad, vaya unido a la caridad, o sea al afecto para nuestros semejantes. El protaforismo hipocrático que dice así: «donde está el arte, allí está el amor al prójimo», debe extenderse bastante más allá de la profesión médica.

La vanidad, el excesivo amor propio, la ligereza en la observación, la soberbia y el orgullo en la afirmación, son también peligros que amenazan al que dedica su vida a la investigación de la ciencia. Por eso toda prudencia será poca para ponerse a buen recaudo de la posibilidad de caer en estos vicios.

Finalmente, la voluntad de trabajar de una manera continua, deben ser la norma del aprendiz de la ciencia y del maestro en la misma.

El cultivo de esta voluntad exige, aun en las enseñanzas superiores, que el profesor no crea terminados sus deberes con haber expuesto la lección en clase todos los días, sino que además tenga el convencimiento, como quiere Payot (1), de que está llamado a cumplir una función estimulante, persuasiva, alentadora, de carácter moral esencialmente, con sus discípulos.

Sólo con una compenetración ética entre las almas de los profesores y de los alumnos, podrá hacerse Universidad y Patria.

HE DICHO.

(1) *La educación de la voluntad*, pág. 301.